

El fin de mi reino

Leticia Vargas Ornelas

“Hello?” Contesté el teléfono sabiendo que no me iba a gustar la noticia que estaba a punto de recibir. Durante meses, mi familia había anticipado este momento, y esta llamada telefónica lo hizo real para mí. Pero, yo no estaba preparada para dejar mi reino de seguir siendo la bebé de la casa.

“Ya nació”, dijo mi padre al otro lado del teléfono mientras yo escuchaba al bebé llorar en el fondo. En ese momento mi corazón se hundió, no por felicidad, sino porque la idea de tener a un infante en la casa me daba asco. Estaba a punto de explotar con lo que en realidad estaba pensando: ¿Cómo eran capaces mis padres tan viejos de tener a un bebé si nuestra familia ya tenía catorce años de estar completa? “Okay, les diré a los demás que ya nació”, le respondí a mi padre sin emoción.

Los llamé a mis hermanos a la sala y les di la noticia: “it was born, and I heard it cry”. El escuincle era como una cosa para mí, no era persona aunque lo había escuchado sollozar por el teléfono. Yo no quise aceptar al nene como un miembro de la familia.

Llegué al hospital con mis hermanos y estaba nerviosa, asustada, y sin ganas de ver al chiquillo. Me senté en una silla frente a mi madre mientras miraba a mi padre celebrar a su nuevo amor. El me preguntó si lo quería acariciar, pero yo ni me quise acercar a la nueva criatura; no me importaba ver a la cosa que me estaba quitando mi reino de ser la bebé de la casa. Pero, para ponerle una sonrisa a mi madre, le tomé fotografías a la cosita. Era un lindo angelito, pero mi envidia no me dejaba admitirlo en ese momento.

Salí del hospital sin siquiera tocar al bebé; mis celos de no ser la chiquita de la casa me enfurecían. Sabía que había hecho a mi madre sentirse mal, pero yo no podía controlar mis sentimientos. Mi reino se remató ese siete de enero del 2007 cuando mi único hermanito, Daniel Yair Vargas, nació.